



Universidad Autónoma
del Estado de México

¿QUÉ QUIERES QUE TE LEA?

J. R. Spinoza

Jesús Eduardo Solache Martínez (Ilustración)



Primera edición, julio 2022

¿Qué quieres que te lea?

J. R. Spinoza

Primer lugar del Noveno Concurso de Cuento Infantil

Jesús Eduardo Solache Martínez

Ilustración

Javier de Jesús López Castañares

Editor

Universidad Autónoma del Estado de México

Av. Instituto Literario 100 Ote.

Toluca, Estado de México

C. P. 50000

Tel: (52) 722 481 1800

<http://www.uaemex.mx>



Esta obra está sujeta a una licencia Creative Commons Atribución-No Comercial-Sin Derivadas 4.0 Internacional. Los usuarios pueden descargar esta publicación y compartirla con otros, pero no están autorizados a modificar su contenido de ninguna manera ni a utilizarlo para fines comerciales. Disponible para su descarga en acceso abierto en: <http://ri.uaemex.mx>

ISBN: 978-607-633-502-4

Hecho en México

El contenido de esta publicación es responsabilidad de las personas autoras.

Director del equipo editorial: Jorge Eduardo Robles Alvarez

Coordinación editorial: Ixchel Díaz Porras

Gestión de diseño: Liliana Hernández Vilchis

Corrección de estilo: Silvia Martínez García

Diseño y formación: Luis Alberto Maldonado Barraza



¿QUÉ QUIERES QUE TE LEA?

J. R. Spinoza

Jesús Eduardo Solache Martínez

Ilustración



Universidad Autónoma
del Estado de México



DIRECCIÓN DE PUBLICACIONES UNIVERSITARIAS
Editorial de la Universidad Autónoma del Estado de México

Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales
Carlos Eduardo Barrera Díaz
Rector

Doctora en Humanidades
María de las Mercedes Portilla Luja
Secretaria de Difusión Cultural

Doctor en Administración
Jorge Eduardo Robles Alvarez
Director de Publicaciones Universitarias

Noveno Concurso de Cuento Infantil
del Centro de Actividades Culturales (CeAC)

Director del Centro de Actividades Culturales
Javier de Jesús López Castañares

Comité Organizador 2022
Javier de Jesús López Castañares
José Roberto Anaya López
Mirna Guadalupe Ramírez Luna
Jesús Eduardo Garduño Espinosa

Jurado del Noveno Concurso de Cuento Infantil
Paloma Cuevas Ramos
Andrea Fernanda Abonce Pasillas
Yuritza Areli Medellín Sánchez



El día favorito de **Luis** era el sábado. Un día que la gente prefiere para ir a la playa, o al parque, para salir de fiesta, y como dicen los mayores: para casarse. Pero a Luis no le gustaba el sábado por ninguna de estas razones, sino porque era el día que visitaba a **Fabián**.



Su **primo** era seis años mayor que él. Estaba en sexto de primaria y sabía hacer muchas más cosas que él, era sorprendente. Podía meter **goles** de muy lejos y pararse de manos. Saltar la cuerda y alcanzar galletas de la alacena estirándose cuan largo era.

Por eso los **sábados**, desde muy temprano, la mamá de Luis lo dejaba con la tía Estela, quien siempre lo recibía hecha una **broma**; su tía se parecía mucho a su madre, solo que usaba gafas y tenía el cabello gris. Les preparaba machaca con huevo y les servía un gran vaso de leche. Luego, Fabián y Luis veían **caricaturas** o **jugaban** a las damas inglesas o al ajedrez, aunque este último Luis apenas lo estaba aprendiendo y Fabián con paciencia le enseñaba, pero luego de unas jugadas Luis siempre olvidaba cómo mover el caballo.



Por las tardes, los padres de ambos se reunían para **convivir**. El papá de Fabián encendía el asador, mientras que el padre de Luis compraba las cosas necesarias para hacer una carnita asada. La tía Estela sacaba la bocina y reproducía sus canciones favoritas. Luis y Fabián **ayudaban** a limpiar la mesa y las sillas. Fabián era el encargado de hacer la salsa en el molcajete, su mamá le dejaba las cosas listas en la barra del comedor. A Luis le gustaba ver cómo se molían el tomate, el chile, la cebolla y, aunque la salsa le parecía deliciosa a la vista, había **aprendido** (por la mala) que era muy pequeño para probarla.



Los niños eran los primeros en cenar y también los primeros en levantarse de la mesa. Mientras los adultos tenían sus aburridas pláticas, Luis se acomodaba en el sofá de la sala, dispuesto a escuchar una entretenida historia.

Esta era la parte favorita de su **día favorito**. Fabián le contaba historias. Era un gran narrador. Hacía diferentes voces, la del narrador, obviamente, que es parecida a la de los comerciales de televisión, pero también **imitaba** ancianitos, lobos feroces, osos, y hasta le salía una voz de niña, como cuando le contó la historia de *Ricitos de Oro*.

—¿Qué quieres que te lea? —dijo mientras iba por su enorme **libro** ilustrado que usaba cada sábado y del que siempre salían más y más **historias**—. ¡Ya sé!, *El Gato con Botas*. Había una vez un molinero que tenía tres hijos...



El cuento trataba de un muchacho al que le dejaron como herencia un gato. Al principio el joven está triste porque al parecer sus hermanos recibieron mejor herencia, pero pronto descubre que el minino es muy inteligente, tanto como para hablar y andar erguido. Entonces, el gato le dice que le ayudará a casarse con la **princesa** si a cambio le consigue unas botas.



Luis escuchó el cuento con gran emoción, porque mientras **observaba** las bellas ilustraciones del libro su primo hacía las voces de los personajes, la del gato, que sonaba como un maullido; la del ogro, que era atronadora; la voz que tendrían las nubes de tormenta si pudieran hablar. La parte favorita de Luis fue cuando el gato engaña al **ogro** y lo hace convertirse en ratón para comérselo.

A veces, durante las noches, Luis **soñaba** con las historias que le narraba Fabián; a veces dos o más cuentos se mezclaban y el Gato con Botas terminaba en un estanque prometiéndole al Patito Feo que lo haría un príncipe.

Luis era muy feliz, sus padres lo amaban, sus tíos lo trataban muy bien y se divertía montones con **Fabián**, a quien quería y admiraba mucho.

Un sábado todo eso **cambió**.



Estaba alistándose para irse con su tía Estela cuando su mamá recibió una **llamada**, soltó un chillido y se tapó la boca, luego se encerró en su recámara un rato, cuando salió tenía los ojos hinchados. Le dijo a Luis que se subiera al auto. Él supo que pasaba algo **extraño**, su madre estaba distraída y le pareció que el camino era diferente. Se detuvieron afuera del trabajo de su papá.

—Te **quedarás** hoy con papá, necesito que te portes bien —dijo su madre sin mirarlo a los ojos, concentrada en la pantalla del celular.

—Pero yo quiero ir a jugar con Fabián...

Entonces sí que sintió la mirada de su mamá, una **mirada** que Luis conocía, significaba: este asunto no está en discusión.



Su papá fue muy amable al principio, le compró unas **galletas** y un **libro** para colorear.

Pero después se ocupó y no prestaba atención a los dibujos que su hijo quería mostrarle.

—Papá está trabajando.

—Pero hice el **dibujo** para ti.

—...

Luis se sentía como un fantasma.

—Se supone que los sábados son **divertidos** —dijo Luis, y aunque lo dijo en voz alta, su padre continuó ignorándolo.

Decidió que pintaría algunos dibujos para Fabián, él sí que los apreciaría.

Fue el sábado más aburrido del que Luis tuviera memoria. Cuando salió de la oficina junto con su padre quedaba muy poca luz de sol. En el **trayecto** a casa terminó por oscurecer.

—Escucha, hijo —dijo su papá al detenerse en un semáforo. Le miraba por el espejo retrovisor—. Fabián está **enfermo**.

—¿Tiene calentura?

—No.

—¿Dolor de panza?

—No es eso, escucha...

—¿Varicela?

—Ni varicela, ni fiebre, él está, está... dormido.

—Pues hay que despertarlo, **vamos** a su casa y...

—Luis, Luis, basta, déjame terminar. Es una clase de sueño del que no podemos despertarlo. Mamá ha estado en el hospital con tus tíos.

—¿Es una enfermedad donde duermes?

—Sí, sí...

—¿Y cuándo despertará?

—Tal vez en unos días... pero nadie sabe.

—¿Quizá nunca despierte?

—Es una enfermedad grave, hijo.

El semáforo se puso en verde. El hombre no se dio cuenta que su hijo comenzó a derramar **lágrimas**, un llanto quedó apenas percibido (al llegar a casa) por su madre, a la que no se le escapaba ningún detalle.



Ella lo miró, el llanto de Luis se hizo más fuerte. Decidió abrazarlo.

—¿Pues qué le dijiste, Norberto?

—Le conté sobre Fabián, él no estaba... no estaba llorando.

Su madre lo **cargó** y lo llevó a su habitación, le secó las lágrimas con una franela y le besó la frente.

—Fabián se pondrá bien, ya le permitieron a tu tía llevárselo a la casa.

—Pero sigue dormido.

—Sí.

Ella le **besó** la frente y salió de la habitación.

Luis pudo escuchar cómo sus padres discutían y le dio miedo, porque había escuchado que a veces los papás pelean y se separan.

El siguiente sábado prometía mucho. Su **mamá** lo llevó nuevamente con la tía Estela. Está vez la casa se escuchaba muy silenciosa y tía Estela no sonreía. A decir verdad, Luis notó que se veía cinco o diez años mayor que la vez anterior.

En lugar de almorzar machacado con huevo, la tía le ofreció un paquete de **galletas**, que tenían un sabor insípido. Luis tuvo que recordar las lecciones de modales que le dio su mamá: Nunca hagas malos comentarios de las comidas que te invitan. Se comió las galletas mientras veía las **caricaturas**, pero verlas sin Fabián no era lo mismo, tampoco los juegos de mesa eran divertidos cuando estas solo. Pronto descubrió que lo que más echaría de menos eran las historias.

A la habitación de Fabián metieron un **monitor** que mostraba unas líneas en forma de pirámide. Una manguera delgadita iba a dar a su boca, otra a su mano izquierda y una última que la sábana cubría Luis estaba seguro que la tenía conectada al ombligo.

Junto a la cama había una silla. Luis la movió, colocándola junto al librero. Se paró encima de ella y logró alcanzar el enorme **libro** ilustrado. Pesaba mucho y tuvo que usar toda su fuerza para bajarlo sin caerse de la silla. El libro le llegaba desde la cintura hasta la nariz y tenía que usar ambas manos para sostenerlo. Dejó el libro en una orilla de la cama y jaló la silla. Se sentó.



—¿Qué quieres que te **lea**, primo? —Fabián siempre le hacía esa pregunta, aunque nunca dejaba que Luis la respondiera.

Buscó la ilustración de el **Gato con Botas** y comenzó a contarle la historia. Sabía que no era tan buen **cuentacuentos** como su primo, él no sabía hacer las voces de los personajes, lo que es peor, ni siquiera sabía leer y en ocasiones se detenía en una página tratando de hacer memoria de lo que seguía en el relato.



La tía Estela veía, a través de la puerta entreabierta, aquel acto de **amor** entre primos. No dijo nada, solo observó y escuchó. Su sobrino no se dio cuenta.

Cuando Luis pudo terminar el cuento le dio un **beso** a su primo en la frente, como sus padres lo hacían con él cuando estaba enfermo. Colocó el **libro** de nuevo en el librero y salió de la habitación.

El siguiente sábado, Luis contó otra **historia** a su primo. Y el siguiente hizo lo mismo. Pronto se dio cuenta que las historias que recordaba se le estaban acabando. Después de pensarlo unos minutos, decidió que la solución era **aprender a leer**.

Luis estaba en último año de kínder y la maestra Rosalinda les había dicho que hasta la primaria les enseñarían a leer; sin embargo, Luis pensó que si le contaba su problema a la maestra ella le ayudaría, después de todo, ella siempre les decía que es importante ser **buenas** personas y **ayudar** al que lo necesite.

Luis le platicó de Fabián, de las **fantásticas** historias y de la enfermedad que lo tenía durmiendo.

La maestra puso mucha **atención**, sobre todo cuando llegó a la parte de que su primo no despertaba. Abrió sus ojos color miel y le miró con asombro mientras se llevaba una mano a la boca. Luego, con la mano en el corazón y con su voz de **melodía** le dijo lo siguiente:

—Entonces..., ¿quieres aprender a leer para contarle historias a tu **primo**?

Luis asintió.


La maestra le acarició el cabello y depositó un **beso** en la frente de su alumno.

—Hablaré con tu mamá a la salida.



Luis **esperó** afuera del salón a que la maestra Rosalinda terminara de hablar con su mamá.

Las miraba hablar a través de la ventana, pero no podía escuchar lo que decían. Luis vio a su mamá llorar y a la maestra ofrecerle un pañuelo y colocar la mano en su hombro. **Hablaron** por uno o dos minutos más y luego la maestra levantó la cabeza y buscó con los ojos a Luis, como si ya supiera que el niño estaba espiando. A Luis no le sorprendió, a veces llegaba a pensar que la maestra Rosalinda tenía **ojos** en la espalda. Ella hizo una señal con su mano que significaba: Ven. El niño obedeció.



—Iré por las tardes a tu casa a enseñarte a leer, pero debes prometer que pondrás atención.

—Sí, maestra.

Luis le dedicó una sonrisa chimuela y la abrazó.

Leer, como a la mayoría de los niños, le costó trabajo. Había unas letras fáciles, como la **M**, de mamá, la **T**, de Tito y la **S**, de sol. Pero otras eran complicadas, por ejemplo la **G**, era de **gato**, pero también de **gelatina**. Y cambiaba el sonido si estaba acompañada de la **A**, **O**, **U**, que de la **E**, **I**.



Y luego estaba la **R**, que a veces era doble y a veces sonaba **fuerte** y otras **quedito**.

Eso sin contar las sílabas trabadas.

Sin embargo, Luis fue fiel a su **promesa** de poner toda la atención. Y cuando la maestra le dijo:



—¡Felicidades, ya eres un lector!

Se puso a saltar de alegría y la maestra con él.

Eso sucedió un viernes y por la noche casi no pudo dormir de la emoción que le causaba contarle una historia a su primo.

—¿Qué quieres que te lea? —dijo mientras hojeaba orgulloso el enorme libro ilustrado.

Detuvo su dedo en un dibujo que tenía muchos ratones. Leyó:
—*El flautista de Hamelín.*

Había una vez una pequeña ciudad al norte de Alemania, llamada Hamelín...

La historia trataba de unas personas que eran tan sucias que tenían la ciudad infestada de roedores. Ofrecían cien monedas de oro a quien les ayudara a deshacerse de los ratones. Un día pasó por la ciudad un flautista que aseguró podría hacerlo. Los ratones, hipnotizados por su música, salieron de la ciudad. Cuando fue a cobrar su merecida recompensa, los ciudadanos se negaron a pagar. Eran personas sucias, mentirosas y egoístas. El flautista debió sentir pena por los niños que crecieran al lado de padres así, por ello, tocó su flauta nuevamente y se los llevó.




Luis nunca se había puesto a **reflexionar** mucho sobre las historias, quizá el leerlas uno mismo hacía que se prestase mayor atención.



Pasaron los **días** y los **años**. Para cuando Luis estaba en primer año de primaria ya había terminado de **leer** el enorme libro de ilustraciones. Durante una visita a la **biblioteca** de la escuela le preguntó a la maestra encargada qué libros le recomendaba leer. Le mencionó cuáles ya había leído y ella, después de pensarlo un momento, le entregó una pequeña torre de **libros**.





Su primo se hizo más alto y comenzó a crecerle vello en la cara. La tía Estela trataba de tenerlo siempre rasurado. Luis también **creció**. Para cuando entró a sexto grado ya le había leído más de **cien** historias a su primo.

Fue así como Luis semana tras semana **leyó** a su primo: *El Principito*, *Alicia en el País de las Maravillas*, *El libro de la selva*, *Los viajes de Gulliver*, *Peter Pan* y *Wendy*... En este último existía un lugar donde los niños **nunca** crecían. A Luis le hubiera gustado llevarse a Fabián a ese lugar.



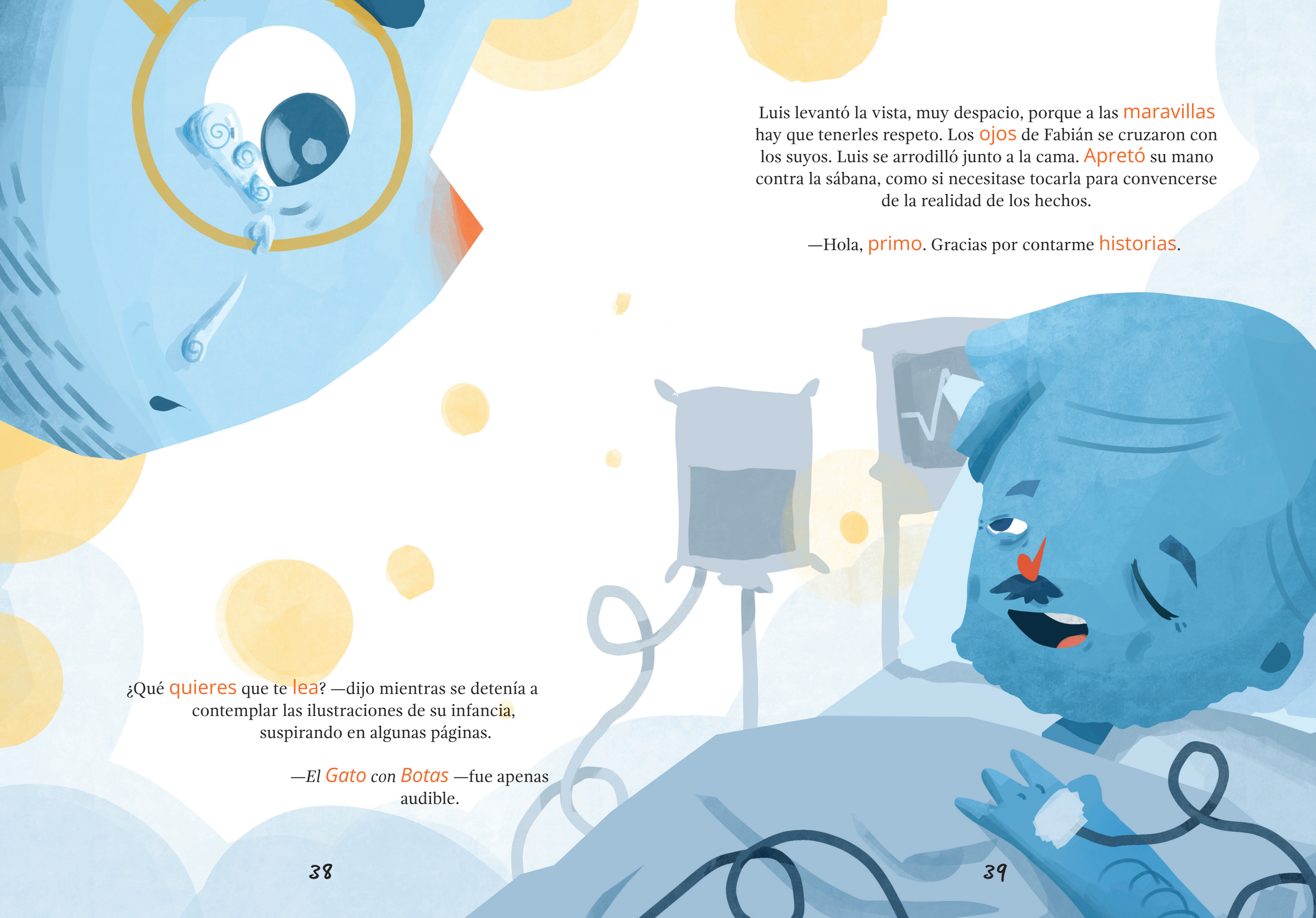
Notó cómo algunos libros que le habían gustado antes con el tiempo no le parecían tan geniales y cómo encontraba interesantes otras historias que antes juzgó de aburridas. Así, Luis le narró también: *El Conde de Montecristo*, *La historia interminable*, *Drácula*, *Las aventuras de Sherlock Holmes* y *El señor de las moscas*.

Luis seguía creciendo y sus lecturas cambiaban... también cambiaba su cuerpo, su voz, sus gustos. Todo cambiaba, Fabián, Luis, sus padres, la tecnología, las lecturas, solo una cosa persistía... Luis continuaba leyendo a su primo hasta que ambos dejaron de ser niños, adolescentes, y se convirtieron en adultos.

Llegó el momento en que Luis tenía que ir a la **universidad**, la cual se encontraba muy lejos de la casa de su tía. El sábado antes de partir decidió realizar una **última** visita a su primo. Había cargado con libros una mochila para elegir qué leería, pero mientras seleccionaba su **lectura** se dio cuenta que la historia se quedaría inconclusa.



Debía elegir algo corto, algo que pudiera terminar ese sábado. Se estiró para alcanzar el viejo **libro ilustrado**, que había perdido las pastas debido al uso. Le pareció pequeño entre sus manos. Recordaba las ilustraciones con más vida y color.



Luis levantó la vista, muy despacio, porque a las **maravillas** hay que tenerles respeto. Los **ojos** de Fabián se cruzaron con los suyos. Luis se arrodilló junto a la cama. **Apretó** su mano contra la sábana, como si necesitase tocarla para convencerse de la realidad de los hechos.

—Hola, **primo**. Gracias por contarme **historias**.

¿Qué **quieres** que te **lea**? —dijo mientras se detenía a contemplar las ilustraciones de su infancia, suspirando en algunas páginas.

—*El Gato con Botas* —fue apenas audible.



J. R. Spinoza. Nació en Matamoros, Tamaulipas, en 1990. Becario del PECDA Tamaulipas (emisión 23), en la categoría de Jóvenes Creadores (novela). Finalista en el Primer Concurso de Poesía Emergente Antonio Alatorre. Es columnista en las siguientes publicaciones: *Tríada Primate*, *Periódico Poético* y *Delatripa*. Narrativa y algo más. Publicó la novela juvenil *Los deseos de Serena* (Catarsis Literaria, 2021), así como los libros de literatura infantil *Anakin en el mundo de Zorg*, *Ray Zordon* y *Parque Mitológico* (Pathbooks Kids).



Jesús Eduardo Solache Martínez (Edusolh). Nació en Toluca en 1996. Terminó sus estudios en la Facultad de Artes de la UAEM en 2019. Es ilustrador, animador y dibujante desde que tiene memoria. El dibujo ha sido su principal forma de interacción con su entorno, el cual le ha permitido colaborar en eventos de su ciudad, estatales e internacionales. Su mayor interés es continuar aprendiendo y conectando con la creatividad de las personas, pues son de ellas de quienes ha adquirido las habilidades para seguir los pasos de sus maestros, compañeros, amigos y familiares.

- △ Para leer en Navidad
- ✶ Para leer fuera de Navidad
- 🥛 Acompañar con un vaso de leche
- 🚗 Para leer en el auto de papá
- 🚗 Para leer en el auto de mamá
- ⦿ Para leer solo y esperando
- 📺 Para leer antes de dormir

SDC

